

MONOGRAFIAS UNIVERSITARIAS



CUANDO LAS HORAS PRIMERAS

En el Milenario de la Batalla de Calatañazor

Universidad Internacional Alfonso VIII
Soria

INTRODUCCIÓN

MANUEL RETUERCE Y FERNANDO COBOS
ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL

ARQUITECTURA Y FRONTERA

La muerte de Almanzor en tierras sorianas en agosto de 1002 es el hecho central de un período que se inicia más o menos en el año 912 cuando los cristianos ocupan Osma, la antigua Uxama romana, y que acaba hacia 1080, cuando las tierras al sur del Duero pasan a ser definitivamente cristianas y el desfiladero del río Ucero, que Osma custodia, deja de ser la frontera entre Castilla y al-Andalus.

Casi dos siglos de frontera son casi dos siglos de intercambio, de enriquecimiento cultural, que hacen que la arquitectura del período en esta zona no pueda ni deba entenderse acudiendo sólo a los modelos cordobés o asturleonés, como si el dominio político de un territorio de tan inciertos límites trajese necesariamente una adscripción cultural o estilística inquebrantable.

Son dos las ideas que a nuestro entender debían guiar un curso sobre la arquitectura de la frontera: la multiplicidad de lecturas y la tensión permanente entre la permanencia y el cambio de las estructuras de propiedad y dominio del territorio.

A la primera idea sirve la propia selección de los temas y de los investigadores que los exponen. No sacara el lector, como no se pretendió nunca, una conclusión definitiva, una teoría universalmente aceptada, una interpretación absolutamente cierta, que explique el rico e inquietante patrimonio arquitectónico de la frontera en los siglos IX, X y XI. Los distintos autores no tienen en común las soluciones, pero tienen en común las preguntas, el método y el rigor de su investigación; no podíamos contentarnos con repetir una teoría histórica, que ya sabemos incierta, pero aún no hemos construido otra que la sustituya plenamente.

A la segunda idea responde la todavía incipiente cristalización de las teorías que aquí se exponen, no de cada una de ellas por separado, sino del conjunto que forman con sus abiertas contradicciones aún no resueltas. Las

pervivencias del orden territorial romano en el islámico y las del islámico en el cristiano; la realidad evolutiva, estratigráficamente muy compleja, de edificios religiosos o fortificaciones; la superposición de modelos urbanos o fortificatorios sobre un mismo territorio; el complejo carácter estilístico de la arquitectura religiosa cristiana en un período y un lugar especialmente rico, justo antes de que el románico anuncie el fin de las guerras de la frontera y la repoblación del territorio; la abundante y diversa fortificación que el ámbito estudiado —de Tudela, en Navarra, a Valladolid, en el limes leonés— aún conserva y que constituye por derecho propio la gran arquitectura de la frontera, no son otra cosa que los materiales arqueológicos con los que podemos elaborar la lectura histórica de este territorio.

Comprender, en definitiva, un territorio de frontera en un tiempo en el que dicen que hubo una batalla en la que se perdió un tambor que, aunque todavía no lo hemos encontrado, nos motiva a trabajar para saber que significó realmente su pérdida.

FORTIFICACIÓN ISLÁMICA EN EL ALTO DUERO VERSUS FORTIFICACIÓN CRISTIANA EN EL ALTO DUERO

**MANUEL RETUERCE Y FERNANDO COBOS
ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL**

Aunque tradicionalmente se ha pretendido entender la fortificación islámica y cristiana como grupos independientes, la realidad histórica del territorio concreto de la cuenca del Duero conduce a reconocer una sucesión de elementos de fortificación que responden a sucesivos modelos de control (político, estratégico, económico, etc.) de esta zona de la Meseta. Así, hay que considerar que no todos los restos existentes son coetáneos ni responden a un mismo criterio estratégico y táctico, ni pueden ser entendidos —tanto los islámicos como los cristianos— como grupos homogéneos en sí mismos.

En este sentido, no debe olvidarse que el proceso de avance del poder cristiano en la cuenca del Duero no es lineal. De esta forma, a lo largo del tiempo, se reconocen diversos avances y retrocesos cristianos y andalusíes, a modo de pequeñas “reconquistas” comarcales por ambos poderes; constituyendo las acciones de Almanzor son un ejemplo paradigmático de la “reconquista” andalusí de un territorio previamente perdido por el avance cristiano hacia el sur.

Nos encontramos así con un conjunto de fortificaciones o de restos defensivos que no sólo proceden de distintos modelos de dominio territorial, sino que, normalmente, son reaprovechados o transformados para adaptarse a los sucesivos cuadros de control territorial. De ahí, muy posiblemente, nace la reconocida dificultad para adscribir algunos de estos elementos a uno u otro poder o, incluso cuando la adscripción es comúnmente aceptada, determinar a que modelo concreto y cronología precisa pertenece.

En nuestra opinión, por tanto, debemos determinar primeramente qué parte de un edificio concreto puede adscribirse a cada período, más que intentar dilucidar si tal castillo o muralla, entendida en su conjunto, pertenece al mundo andalusí o cristiano. El análisis de este proceso de sucesivos

reaprovechamientos y reformas de las estructuras defensivas permite, mediante el estudio arqueológico de sus fábricas, determinar la superposición estratigráfica, no sólo en el propio edificio sino también, en una lectura horizontal, dentro de un amplio territorio. Reconociendo, de esta forma, materiales, aparejos, técnicas constructivas o tipos arquitectónicos se puede llegar a entender la distribución geográfica de las estructuras de control de un territorio determinado en un momento preciso. Este método permite la realización de una lectura estratigráfica de un territorio, considerando cada estrato el conjunto de restos materiales —constructivos o no— que, asociados a unas fuentes escritas precisas, pertenecen a un mismo modelo de control territorial.

Como muchos de los restos materiales que se engloban dentro de cada estrato no se superponen físicamente a los vestigios materiales del estrato anterior, la cronología relativa entre estratos debe obtenerse bien por medio de las fuentes documentales escritas o bien en aquellos lugares donde sí que existe una superposición estratigráfica física. A estos lugares que sucesivamente han servido a distintos estratos de control territorial los podemos considerar como "yacimientos jalón" de un territorio.

Es decir, la lectura estratigráfica de un determinado territorio debe hacerse a partir de dos aproximaciones aparentemente contradictorias:

1/ El reconocimiento, de forma precisa y científica, de las distintas fases constructivas de un edificio concreto. Considerando que cada una de ellas, en sí misma, es un elemento integrado dentro de un modelo de control territorial diferenciado; sin pretender, por tanto, dar una adscripción estilística o cronológica concreta a un edificio que no es fruto de un único proceso constructivo. Reconocer, en suma, cuando miramos a una fortaleza, cuántos "edificios" distintos perviven en los restos conservados.

2/ La necesaria interpretación de cada "edificio" con los otros "edificios" que podrían adscribirse, por diversas razones, a un mismo estrato territorial. Por ejemplo, la interpretación histórica que aparentemente es válida para una torre o una atalaya concreta debe ser también válida para el resto de las restantes torres o atalayas que se relacionan con ella. Y el "grupo" como tal debe cumplir una función coherente con el modelo de control territorial de ese determinado período histórico.

Por lo dicho, con una relativa facilidad, se comprenderá que aunque en el programa inicial del Curso se contemplaba la fortificación islámica y cristiana por separado, la comprensión global del proceso histórico de este territorio exige una superposición "cuasi estratigráfica" de ambos discursos.

PRIMERA OCUPACION ISLÁMICA (MODELO O ESTRATO TERRITORIAL 1).

En una primera etapa del proceso de conquista e islamización de la Península Ibérica, iniciado a partir de la segunda década del s. VIII, el poder árabe tendió a establecerse en las ciudades existentes, que, según los casos y salvo determinadas excepciones, conocían de antiguo un largo proceso de decadencia. Así, no fue extraño que en el territorio objeto de este trabajo se diera una ocupación de algunas de las antiguas poblaciones de ascendencia romana o anterior. Son los casos de Clunia o Numancia y probablemente el de Calatañazor. Todas ellas, junto a antiguas vías romanas, que en estos primeros tiempos de la islamización se siguieron utilizando y se constituyeron en las vías fundamentales de comunicación. Se detecta aquí el proceso ya identificado en otras zonas de la Península (GONZÁLEZ, 1975: I, 16; GUTIÉRREZ, 1998: 151), por el cual los ocupantes musulmanes anulan el valor económico, fiscal (MANZANO, 1993: 330-331) y estratégico de las antiguas poblaciones hispano-romanas, sustituyéndolas progresivamente en esa función por un qalat² u otro tipo de asentamiento de nueva fundación en el mismo territorio pero en distinto solar; si bien y de forma más o menos langideciente pudiera pervivir un poblamiento del antiguo lugar.

En el área de estudio, tal es el caso de Calatañazor frente a la antigua Voluce, de Medina Soria con respecto a Numancia o el de la Villa Vieja con la posición previa de Medinaceli, en un primer momento³. A la vez o muy poco después, se fundaron nuevas ciudades. Son los casos de Sepúlveda, al oeste, y de Ágreda, en el extremo este; ambas con un importante recinto fortificado. Por el momento, no conocemos nada de las circunstancias que motivaron el surgimiento de Sepúlveda. Por el contrario, la fundación de Ágreda —aún no identificada con seguridad en las fuentes escritas árabes—, podría estar en relación con la red de guarniciones árabes con las que el emirato cordobés intentó cercar a los Banu Qasi, viniendo a representar un punto estratégico del control contra Tudela en la vía Clunia-Zaragoza.

Al suroeste de Ágreda, podría localizarse el primitivo territorio de los Banu Mada/Timlit (MANZANO, 1991: 129; CARRIÓN, 1996: 103-115;

1. Datos arqueológicos: entre otros (RETUERCE, 1992), cerámica islámica encontrada en Numancia, Gormaz, Calatañazor, etc. (ZOZAYA, 1975; RETUERCE, 1994; 1998a) y las fortificaciones de Ágreda (GAYA, 1935a, ZOZAYA, 1998; COBOS & CASTRO, 1998a; RETUERCE, 1998b).

2. En opinión de M. Acín (1995: 31), las poblaciones con topónimo *qalat* (Calatañazor, Calatrava, Calatayud, etc.) son las primeras fundaciones omeyas en la Península. Otros autores (MARTÍNEZ, 1998: 39-40), por contra, no están totalmente de acuerdo con esta idea.

3. Posteriormente, a finales del siglo X, se volvió a recuperar la primitiva posición romana de Medinaceli al constituirse ésta en la capital de la Marca Media.

1998: 114-116), de la tribu de los Masmuda/Awsaya (BOSCH, 1959: 79) y, algo más al oeste, en el Campo de Gómara, la toponimia induce a identificar un poblamiento beréber primitivo, relacionable con esta tribu y que también se podría remontar a esta época.

A finales del siglo IX y principios del X, muy probablemente, en relación con la guerra civil que en ese momento sostiene el emirato, parece que la parte más septentrional de toda esta zona deja de estar bajo el control de estas tribus, que se repliegan a las tierras del curso medio del Jalón y a las situadas lo largo de sus ríos y arroyos tributarios por el norte. Los enclaves más norteños serían los de Deza y, quizás, Peñalcázar, Ciria y Borobia. A esta situación se añadiría el comienzo de una expansión territorial castellana y navarra hacia el Duero y hacia el sur de la Sierra de la Demanda que, al mismo tiempo, provocaría y aprovecharía el vacío dejado.

La conquista de Osma en el año 912 por el conde Gonzálo Téllez (Anales Castellanos I, ed. 1917: 24) y la hipotética toma de Ágreda, hacia 927 por García Sánchez de Navarra (SERRANO, 1930: 26) serían los hitos en la crisis de la antigua vía romana. Sin embargo, los castellanos comprueban con gran rapidez que no son lo suficientemente fuertes para defender las antiguas ciudades romanas como base para controlar el territorio; y la presencia, como contestación inmediata de Córdoba, de los ejércitos árabes, les obliga a abandonar estos puntos y a refugiarse en tierras más montañosas (IBN HAYYAN, ed. 1981: 256). En efecto, en el año 920, Osma —la antigua Uxama romana— es arrasada por Abderramán III (IBN HAYYAN, ed. 1981: 127 y 129). A su vez, las tropas cordobesas comprenderán rápidamente que no es seguro moverse por aquellos parajes —derrotas en el encuentro del río de Osma (Ucero) (934) (IBN HAYYAN, ed. 1981: 256) y en el regreso de la campaña de Simancas (936), junto al río de Caracena (IBN HAYYAN, ed. 1981: 331-332)—; e incluso en el mencionado año de 920, cuando al-Nasir, después del arrasamiento de Osma y de San Esteban, emprende el camino hacia Tudela desistiendo utilizar la vía romana por Calatañazor, dando un notable rodeo al remontar el río Duero por su margen izquierda. Rodeo que Ibn Hayyan (ed. 1981: 130) justifica en el deseo del califa de “no fatigar a sus tropas si atravesaban los páramos”, pero que nosotros creemos que debe interpretarse como síntoma de su falta de control del antiguo itinerario romano hacia el Queiles, donde se levanta Ágreda; que sin ser mencionada en la Crónica, sí que podría haber vuelto a su dominio.

PRIMER MODELO DE OCUPACIÓN CRISTIANO⁴ (MODELO O ESTRATO TERRITORIAL 2).

La existencia del sistema repoblador basado en las comunidades de Villa y Tierra y la posterior feudalización han borrado prácticamente todas las huellas de la organización territorial de la extremadura castellana y leonesa anterior al siglo XII.

Una visión muy literal del término “repoblación” que suponía un aporte trascendental de pobladores más que una reorganización territorial y jurídica de los ya existentes impedía de hecho interpretar adecuadamente las pocas noticias históricas y los elementos arqueológicos arquitectónicos conservados. Podemos sin embargo intentar una síntesis basada en la documentación escrita, en la arqueología y también curiosamente en la pervivencia de “anomalías” jurídicas en épocas posteriores.

En síntesis, se puede considerar que hay cuatro tipos de fortificación castellana en el primer periodo

1. El castillo de peña brava
2. La mota
3. El castro
4. La torre solariega o de presura

Resulta evidente que todos estos tipos corresponden a un modelo de ocupación del territorio que podríamos llamar rural, frente al modelo urbano de romanos, árabes y el posterior de comunidades de villa y tierra. También existieron ciudades fortificadas pero en la Extremadura castellana se vio pronto que este sistema no era válido.

Castillo de peña brava.

Los cristianos optan entonces por defenderse en peñas, más o menos inaccesibles, en las que se enrocan algunas de sus fortalezas, cuando las construyen (Castrojeriz, Lara, San Esteban, Osma y Gormaz 1, etc.); en otras ocasiones, por su concreta situación topográfica, probablemente no tuvieron necesidad de levantarlas —Peña de Carazo, por ejemplo— (IBN HAYYAN, ed. 1981: 256). La denominación de castillo de Peña Brava procede de la jurisprudencia castellana posterior y refleja claramente el abandono de los castillos de este modelo al implantarse el sistema de Comunidad de Villa y

4. *Datos arqueológicos:* entre otros, los castillos cristianos de Osma, San Esteban de Gormaz, Lara, etc. —con piedras reaprovechadas y una relativa velocidad de la construcción, con elementos de inspiración islámica—; Gormaz I —quizás se pueda encuadrar en este momento los restos del edificio cuadrangular existente detrás de la puerta de aparato califal, y que también sería anterior al estanque—; desmochamiento de la muralla emiral de Ágreda. Levantamiento de torres de planta cuadrangular, casi todas ellas con unos claros topónimos de raíz castellana. Construcción de torres e iglesias de inspiración o propiamente mozárabes (Cueva de los Siete Altares, San Baudelio de Berlanga (ALONSO; CABALLERO & RODRÍGUEZ, 1997) San Miguel de Gormaz, Fuentearmegil, La Pica, Jaray, etc.).

Tierra. El peligro que representaba que los viejos castillos fueran utilizados por bandoleros o por intentos de feudalizar parte del territorio de las villas llevó a las cortes castellanas a considerar traidor a "quien poblase castillo viejo del rey o peña brava sin mandato del rey"

Un ejemplo paradigmático es la nueva posición del castillo de Osma, que enfrente y en la margen contraria del río Ucero, sustituye a Uxama. Los ejércitos árabes rara vez pierden el tiempo en tomar estas pociones y se limitan a arrasar los valles y otros elementos de producción o estructuras aisladas (monasterios, granjas, poblados no cercados, etc.). Buscan ciudades, que no encuentran, puesto que la base del modelo estratégico cristiano reside en su carácter rural. Es decir, en no ofrecer objetivos suficientemente concentrados e interesantes para ser un objetivo preeminente de las expediciones islámicas. Osma es por tanto una fortaleza cristiana entre 920 y 963 en el mismo límite fronterizo, frente a Gormaz, y su situación orográfica le permitirá resistir desde el 975 al 989 pese a la desastrosa derrota frente a Gormaz. En la época del Cid seguía marcando el límite de Castilla y después fue sólo un estorbo para el nuevo burgo de Osma.

Las Motas

Las motas artificiales aparecen sobre todo en tierras de Valladolid, al norte y al sur del Duero. Responden a un prototipo que hasta ahora sólo se reconocía como centro-europeo, pero aquí se presenta normalmente en los extremos de las lenguas del páramo que bordean los valles. Algunas como Íscar o Portillo, arrasadas por las tropas califales en 939, pudieron estar asociadas a un pequeño cercado, separado del páramo por la propia mota. Normalmente ocupan antiguos castros preromanos y en Íscar es posible que por su topónimo que fuera un antiguo emplazamiento islámico. Tipológicamente no está claro si podrían incluirse en los castillos reales o son más bien fortificaciones asociadas a los castros.

Los Castros

Los castros aparecen como pequeños recintos fortificados con tamaños entono a la hectárea. Demasiado grandes para ser un castillo y muy pequeños para ser una población, hay evidencias de que estaban habitados aunque su análisis cronológico es ahora incierto, parecen ser las bases de poblaciones muy posteriores. Incierta datación tendrían las referencias a Castroto-rafe (castro de la frontera, en árabe) como "zamora la vieja" anterior al año 893 cuando "las gentes de la Frontera" fueron a tomar sitio en Zamora "la nueva". Castros son los núcleos fundacionales de Ponferrada, Coyanza o Sanfelices de los Gallegos, en una primera expansión leonesa. Al capítulo de los vestigios jurídicos pertenece uno de los castros fundacionales de Mayorga, donde sus habitantes reclamaban el privilegio de la exención de impuestos previa al fuero repoblador que se dio más tarde a la villa.

Las torres de presura

El solar de un linaje, cuya toponimia conservan muchos pueblos al sur del Duero, (nombres del tipo Nuñosancho, Pedronuño) evidencia que en determinadas zonas del territorio la organización de la población adoptó un modelo de protomerindad, a semejanza del modelo desarrollado en los valles del norte de Burgos, con pequeños terrenos de presura a cargo de una familia o clan, que levantarán una torre "solariega", en cuanto es origen de la casa o linaje que la puebla. El tipo de torre de Presura o solariega se empleó en todo el norte del Duero y las zonas al sur de este río ocupadas antes de la reacción califal y sin embargo, paradójicamente se conservan más torres en la frontera del Duero que en las tierras altas. Por el contrario, al norte se mantiene aún la estructura territorial original que al sur del Duero ha desaparecido. Torres como Rebolledo de la Torre en Burgos o Villanueva de la Torre en Palencia ocupan motas con fosos y están documentadas antes que las poblaciones que se generaron a partir de sendas iglesias románicas. Que los solares podían poblarse lo prueba la lápida de Rebolledo: "EL ABAD DOMINGO POBLÓ ESTE SOLAR DE BALEGODESDE SUS CIMIENTOS ERA 1224-1186)", pero no podía extrañarnos que perviviese la propia situación de privilegio de sus fundadores como en Villanueva de la Torre que pese al nombre conservaba en el siglo XIV su condición de presura particular y el becerro decía "este lugar es solariego de Gonzalo Gonzalez Gudiana e que moran en le homes fijosdalgos que no mora pechero ninguno"

La propia torre de Covarrubias (MARTÍNEZ, 1979: 28-29), lugar solariego comprado por los condes de Castilla en 972, constituye un ejemplo de este tipo y su aparejo puede relacionarse con el de la base de la torre de Villaute, muy cerca de Burgos, lugar solariego de los Varaona. En Villaute aparece un claro compromiso entre la iglesia de la puebla posterior y la propia condición solariega previa; la iglesia románica presenta dos naves con dos ábsides pareados coetáneos, correspondiendo uno de ellos al enterramiento del linaje.

El conjunto de torres de la Sierra del Madero y río Rituerto son también elementos fosilizados de esta estructura, con iglesias posteriores que "repoplaron" los solares previos pero que incluso, comprendidas en las Tierras de la nuevas Villas, conservaron su condición especial de propiedad privada independiente y son nombradas como "cortijos".

El análisis de este conjunto de torres de planta cuadrangular debe hacerse estudiando todo el sistema que entre si forman, evitando caracterizarse una a una por detalles particulares. Ello ha llevado, no pocas veces, a considerar Noviercas islámica, cuando no bereber, y el resto, "obra cristiana tardía" (GAYA, 1932; 1944; MARTÍNEZ, 1979: 28-29; CARRIÓN, 1996; 1998).

Dejando al margen la torre de Covarrubias, cuya adscripción política directa al condado de Castilla y cuya caracterización estilística como obra mozárabe casi todos los autores están de acuerdo, la comparación de las torres del Madero/Rituerto desde el punto de vista tipológico constructivo ha de trascender del hecho de que la torre de Noviercas presente un arco de herradura o el que la de La Pica presente un dintel con un castillo labrado, de indiscutible cuño cristiano⁵. La comparación de las trabas de ambos huecos o de los mecanismos constructivos por tapias de mampostería encofrada, con agujas de media caña, comunes a ambas y a la mayoría de las restantes, indican que todo el conjunto podría ser coetáneo. Y, desde luego, es más válido como argumento el arco de La Pica para negar su condición islámica que el arco de Noviercas para negar su condición cristiana, revelándose aquí, como de extraordinaria importancia, la semejanza de los arcos de Noviercas y Covarrubias. Los huecos con arco de herradura aparecen también en los restos de la iglesia de La Pica o en el nicho de la iglesia rupestre asociada a la torre de Jaray (RETUERCE & HERVÁS, e.p.), e indican mejor una adscripción al mundo estilístico prerrománico castellano, con unas claras influencias mozárabes, que a un hipotético credo musulmán por parte de sus constructores.

5. Sin ser un escudo, se trataría de la primera y más antigua divisa conservada de Castilla, atribuible a mediados del siglo XI, de época de Fernando I -quizás, en relación o como consecuencia de la campaña de 1058 en la que tras la conquista de Gormaz, Berlanga, etc., llega por el Escalote y el Bordecorex hasta Medina-celi (*Historia Silense*, ed. 1921: 78), y completada por la guerra que sostiene con Navarra entre 1058 y 1062 (SÁNCHEZ, 1999: 176)- o de Sancho II. Hasta el momento, tanto su existencia como su significado e importancia han pasado completamente desapercibidos. Su presencia en esta torre no resulta nada extraña si a ella, como a las demás del conjunto, se las considera como una obra oficial de dicho siglo (GAYA, 1944: 129). Con meridiana claridad, dicho signo está señalando la ocupación y posesión de un territorio por parte de Castilla. Ahora bien, ¿quién o quiénes eran los poderes rivales a los que convenía recordar dicha posesión?. ¿La taifa toledana?: no lo creemos, pues el territorio -alto Jalón- que en esos momentos está disputando con la de Zaragoza está demasiado lejos de la zona, a parte de que en esos tiempos estaría pagando parias a Fernando I. ¿La taifa de Zaragoza?: puede, aunque tras la derrota de Sancho de Navarra en 1062 buscó la alianza con el rey castellano (SÁNCHEZ, 1999: 176). Cabe esta segunda posibilidad, pero también una tercera e, incluso, ellas dos a la vez. En efecto, es Sancho IV Garcés de Navarra quien en esa época podría disputar toda esta región. Así, aparte de la efímera posesión de Ágreda por parte Sancho I Garcés de Navarra -clara muestra, ya en los albores del siglo X, del interés navarro por estas tierras, su lógica zona de expansión meridional-, conviene recordar que a principios del siglo XI en tierras sorianas la hitación entre los dos reinos estaba perfectamente fijada en 1016 hasta Garay, junto al Duero (SERRANO, 1930: doc. n.º 86), a sólo 20-25 km del valle del Rituerto. Por ello, no es extraño que Fernando I, en su general política expansionista, mirase hacia el este, hacia las tierras del Moncayo, previendo una presumible entrada navarra por la Sierra de la Demanda. Por otro lado, cabe que la posterior entrada hacia el Duero de Alfonso I de Aragón, a partir de 1019 y tras su rápida conquista de todas las ciudades a orillas del Ebro, estuviera basada en el antiguo dominio islámico que de las tierras entre el Duero y el Moncayo se ejercía, con Tarazona y Ágreda como principales centros fortificados. A lo largo de todo un siglo, ambos reinos se disputaron la región. Aragón, en razón a que era la natural y ancestral área de expansión hacia el oeste de los pobladores del valle del Ebro, con una antigua ocupación de la zona en época omeya, y Castilla, en base a su control de estas comarcas desde el siglo X -Garay- y mediados del XI -valle del Rituerto/Sierra del Madero-. A la postre, mediante el tratado de Tudillén (1151) (PASCUA, 1996: 216), fue el reino de Castilla quien puso sus límites en el Moncayo (Ágreda y Vozmediana), aprovechado la debilidad interna que en esa época tenía el reino de Aragón.

El análisis espacial del conjunto de torres del Madero/Rituerto y de los núcleos de población del área, donde también pudieron levantarse torres ya desaparecidas, es muy clarificador de su uso y funcionalidad. Es cierto que las torres se ven entre sí, formado una red, aunque no todas a la vez, e incluso, parece que en algunos casos buscaron posiciones que más que para controlar el espacio adjunto pretenden esconderse. Estúdiense, por ejemplo, con detenimiento la posición topográfica de La Pica. Efecto de esconderse que se multiplicaría si no se olvida que todo este territorio era un bosque, nada parecido al actual paisaje cerealista. No hay ninguna torre que ocupe una posición que pudiera considerarse mínimamente estratégica, ni están dispuestas a lo largo de un hipotético recorrido; simplemente, se repartirían los lotes de un valle y sus fuentes de agua, respetando unas distancias entre cada una de ellas de unos 4 ó 5 km, repitiendo exactamente el esquema de poblamiento de las Merindades del norte de Burgos. Por otro lado, las torres son demasiado grandes para ser consideradas como atalayas, y excesivamente pequeñas para tener una guarnición significativa, absurda en todo caso, como estructura estatal de control de una frontera. La posibilidad de socorrerse mutuamente entre sí, sería de todo punto ineficaz ante la entrada de un ejército en el valle, y su único valor estratégico radica en que el hipotético enemigo decida no perder el tiempo en cercar y tomarlas una a una o, incluso en destruirlas, si se hubieran abandonado previamente.

El sistema militar desarrollado por el califato a partir de 946 no debía incluir Ágreda, que, como ya se ha dicho, podía haber caído en manos navarras en el primer cuarto del siglo X (SERRANO, 1930: 26), aunque después volviera a caer en poder islámico durante un cierto período (*ver supra*). Es así, que la excavación realizada en la muralla emiral de Ágreda indica que ésta perdió su valor como organizadora de un territorio, desde la fecha en que fueron desmochadas sus murallas en un momento indeterminado entre mediados del siglo X y el XII, y que la ciudad, como consecuencia de este hecho, fue probablemente abandonada (RETUERCE, 1998b).

En definitiva, la desaparición de la ciudad de Agreda como elemento estratégico de control del territorio circundante es fundamental para entender el desarrollo de una estructura de poblamiento rural, típicamente castellana, en su lógica área de influencia; y su no repoblación en esos momentos como ciudad cristiana responde a la estrategia del poder político cristiano, según ya se ha dicho. Esto explica que las crónicas, tanto cristianas como árabes, no la citen nunca entre los mencionados siglos. Circunstancia que no ocurriría, tanto si hubiera sido en esa época una ciudad fortificada islámica como si lo hubiera sido cristiana y, por tanto, objetivo prioritario de las campañas califales.

LA REACCION CALIFAL⁶ (MODELO O ESTRATO TERRITORIAL 3).

Simultáneamente al modelo cristiano, el califato desarrolla un modelo de control del territorio acorde a sus necesidades y que en una primera fase puede considerarse como estrictamente militar. La reconstrucción de la deshabitada ciudad de Medinaceli —en el antiguo solar romano—, que necesita de la existencia de un ejército para proteger las obras, en el año 946, la destrucción de las vecinas Osma y San Esteban en 963 por parte de Galib y la consecuente construcción de Gormaz II, hacia los años 963-5, obedecen a un mismo programa estatal de defensa a partir de un eje entre una ciudad campamento (Medinaceli) y una gran fortaleza (Gormaz II), que actúa como cabeza de puente en territorio hostil.

El sistema se articula por una sucesión de atalayas de planta circular (LLULL, HUETE & MOLINA, 1987; CABALLERO & MATEO-SAGASTA, 1988; ZOZAYA, 1988; CARRIÓN, 1998) que ocupan, muy significativamente, los bordes de los páramos y los puntos más críticos en el paso por los valles entre las ciudades de Medinaceli y Atienza y la fortaleza avanzada de Gormaz, verdadero punto clave de todo el sistema. Entre ellas, hay atalayas cuyo único valor radica en prevenir emboscadas desde barrancos de valles anejos (atalaya de Taina de la Hoz) e, incluso, podría considerarse una línea que llegaría hasta las proximidades de Almazán, pero que significativamente, no sube más allá, hacia Ágreda. Con gran claridad se ve que todo este conjunto de atalayas tiene características arquitectónicas y relaciones estratégicas entre sí, que nada tienen que ver con las ya citadas torres de la sierra del Madero/río Rituerto.

En este sentido, los modelos 2 y 3 podrían superponerse sobre el territorio de estudio en un mismo período histórico, con la única excepción de las atalayas que, al norte de Gormaz, le sirven a ésta como peones para realizar una vigilancia avanzada, y que sistemáticamente se colocaron sobre los barrancos del Ucero y del Avión, en el entorno del enclave de Osma. Si se analiza la posición de estas últimas atalayas y su indiscutible pertenencia al modelo militar califal, se ve claramente que el conjunto formado por Gormaz II y sus atalayas avanzadas anula el valor estratégico del castillo de Osma. Realmente, lo inutiliza física y militarmente; simbolizándose este dominio en la preeminencia de la atalaya de Uxama, en las ruinas de la ciudad romana, sobre el castillo de Osma. Haciéndose el conjunto eficaz por la capacidad de interrelación visual de las tres atalayas entre sí y con Gormaz, y en la absoluta ceguera en que queda sumido el viejo castillo conde de Osma, incapaz, no sólo de controlar a Gormaz, sino, incluso, de poder ver las atalayas del

sistema islámico que le controla. Es decir, paradójicamente dominado por la atalaya —con una función de padrastró—, que ahora se ubica en la ciudad de Uxama y que los cristianos desistieron de proteger para enrocarse en su peña brava de Osma. De esta forma, el califato colocaba un peón en Uxama, y su dominio forzaría a que los castellanos opten por un enfrentamiento directo a campo abierto, que acabará catastróficamente en 975 frente a Gormaz.

Aparte de esta estructura estrictamente militar, no casualmente ejecutada por dos generales del califato como lo eran Galib y Almanzor, se detectan algunas fortificaciones asociadas a una reocupación estable de poblaciones por parte del poder central cordobés. Dentro de esta política, podrían diferenciarse tres tipos de asentamientos:

- Las torres de habitación de planta rectangular de Bujarrabal, Barbato-na, Estriégana, Mezquetillas (GAYA, 1935b), etc., asociadas a los valles más cercanos a Medinaceli. Repoblación que dio cierta estabilidad a la vía militar hasta Berlanga, como punto más avanzado hacia Gormaz, poblado por musulmanes, al menos hasta 1058, cuando el valle del Escalote es atacado por Fernando I (SÁNCHEZ, 1999: 175, nota 55). Según la *Historia Silense* (ed. 1921: 78), en esta expedición fueron destruidas varias de las atalayas que vigilaban la ruta militar, algunas de ellas serían las que faltan en el sector entre Caltojar y Berlanga; absolutamente necesarias para el funcionamiento del camino militar califal hacia Gormaz. Sector en el que precisamente por esos años —antes de 1070— (ALONSO; CABALLERO & RODRÍGUEZ, 1997: 262) se levantó la iglesia de San Baudelio de Berlanga, lo que indicaría que Fernando I, en esos momentos, con la no destrucción de las atalayas más allá de Caltojar, sólo pretendía colonizar la zona más inmediata al Duero, con base en Berlanga. Las siguientes atalayas, una vez tomadas o destruidas las de vanguardia, conquistado Gormaz y posesionado de las restantes poblaciones fortificadas (Vadorrey, Aguilera, Berlanga), por sí mismas, ya no constituían un peligro.

- Las fortalezas de la Banu Mada (Amril) que, en la segunda mitad del siglo X, funcionan como una tribu beréber tapón, en torno a Ateca, Deza y el valle del medio del Jalón, donde son atacadas por el conde castellano García Fernández en 974 (IBN HAYYAN, ed. 1967: 226-228). Probablemente, desde finales del siglo IX o principios del X, los banu Mada/Amril han ido perdiendo las tierras más septentrionales de su primitivo asentamiento.

- Las plazas de frontera. Al menos, entre 3 casos —Sepúlveda, Ayllón y San Esteban de Gormaz—, existe una persistencia en ser poblados cada vez que se recuperan. Es decir, son plazas que sirven, con mayor o menor intensidad, a todos los modelos mencionados de control del territorio y sus complejos restos de estructuras y fortificaciones obedecen a sucesivas reconstrucciones. Quizás Sepúlveda y Ayllón tuvieron un papel dentro del sistema

6. Datos arqueológicos: atalayas (LLULL, HUETE & MOLINA, 1987; CABALLERO & MATEO-SAGASTA, 1988; CARRIÓN, 1988), fortificaciones (MARTÍN; TARDÍO & ZAMORA, 1990; ZAMORA, 1998), cerámica (RETUERCE, 1998a).

emiral. Y Sepúlveda y San Esteban, al menos, se mantuvieron como plazas cristianas tras la ofensiva castellana de principios del S. X. Aunque es posible que en un primer momento, el modelo militar del califato prescindiera de ellas —anulando San Esteban con la atalaya de ese mismo nombre y el padrastrado de “Castromoros”—, en el período de Almanzor parece que hubo una repoblación efectiva de distintas zonas de la frontera del Duero (MAÍLLO, 1984: 167-169), y con la que podría estar relacionada una refortificación de Sepúlveda, Ayllón y San Esteban de Gormaz.

PUEBLAS, BURGOS Y COMUNIDADES DE VILLA Y TIERRA⁷ (MODELO O ESTRATO TERRITORIAL 4:).

El cambio de estrategia repobladora ya se adivina en las citadas plazas de frontera de época de Fernando I, pero se desarrollará principalmente a finales del s. XI y a lo largo del siguiente, asociándose desde muy temprano a la nueva cultura románica (iglesia de San Miguel de San Esteban, 1083) que sustituye a la previa cultura mozárabe prerrománica del anterior modelo de control de territorio cristiano (2º modelo). La repoblación a través del sistema de Comunidades de Villa y Tierra es realmente una auténtica reorganización jurisdiccional y, por tanto, de control de un territorio que distaba mucho de estar deshabitado. Si, en alguna medida, se puede decir que tanto el Burgo como la ciudad de Osma —ambas en el valle— terminaron sustituyendo a Gormaz en el papel de elemento central en la organización del territorio, el caso es bastante más claro en la comarca de Ágreda. En efecto, la eventual primera repoblación de Ágreda a partir de 1119 con mudéjares traídos del valle del Ebro y la ulterior repoblación castellana procedente del territorio al sur de la Sierra de la Demanda, suponía, con la reconstrucción de la antigua muralla y la construcción de los nuevos recintos castellanos, el renacimiento de la ciudad como elemento principal y central de la organización y control del territorio. De hecho, entre otras, las así nacidas Comunidades de Villa y Tierra de Soria y Ágreda incluyeron en su jurisdicción la pléyade de torres y lugares correspondientes a la primera repoblación (vista en el 2º modelo), ahora convertidas en tristes “cortijos”, que poco a poco fueron despoblándose. Paradójicamente, aunque no tanto para el caso soriano, las Comunidades de Villa y Tierra no emprendieron un derribo sistemático de la fortificación preexistente en su territorio jurisdiccional, aunque habría que valorar el origen de las 24 “casas muy fuertes” que había en la Tierra de Almazán y que María de Molina mandó derribar en 1308.

La extensión del dominio de las Villas eliminó y obligó al abandono de las “peñas bravas” (ver el caso de Alcozar), prohibiéndose desde entonces y

en sucesivos acuerdos de Cortes su reocupación. Sólo los castillos reales de la Frontera de Aragón (Ciria, Borobia, Cihuela, Monteagudo, etc.) se sustrajeron al dominio territorial de las Comunidades de Villa y Tierra, no sin muchos problemas y enfrentamientos con ellos.

Cuando a partir de mediados del siglo XIV se produzca la enajenación al dominio señorial de muchas aldeas pertenecientes hasta entonces a las Comunidades de Villa y Tierra, los castillos señoriales que surgen en el medio rural a partir de ese momento, adquirirán un cierto peso que equilibrará en alguna medida el absoluto dominio que hasta entonces había pertenecido por entero a las villas, cabezas de sus respectivas Comunidades.

BIBLIOGRAFÍA

- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1995): “La fortificación en al-Andalus”. En: LÓPEZ GUZMAN, Rafael (coord.), p. 29-41.
- ALONSO, Fernán; CABALLERO, Luis & RODRÍGUEZ, Eduardo (1997): “Cronología constructiva de la iglesia mozárabe de S. Baudelio de Berlanga (Soria): primeros resultados de dendrocronología y Carbono-14”. *Boletín de Arqueología Medieval*, 11, p. 249-263.
- Anales Castellanos I* (ed. 1917): Ed. Manuel Gómez Moreno. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia. Madrid.
- BAENA, Javier; BLASCO, Concepción & QUESADA, Fernando (eds.) (1997): *Los S.I.G. y el análisis espacial en Arqueología*. Madrid.
- BOSCH VILÁ, J. (1959) “Albarracín musulmán”. En: *Historia de Albarracín y su Sierra*, II. Teruel.
- BROGIOLO, Gian Pietro (1988): *Archeologia dell'edilizia storica*. Como.
- CABALLERO, Luis & MATEO-SAGASTA, Alfonso (1988): “Atalayas musulmanas en la Provincia de Soria”. *Arevacón*, 14, p. 9-15.
- CABALLERO ZOREDA, Luis (1996): “El análisis estratigráfico de construcciones históricas”. En: CABALLERO, Luis & ESCRIBANO, Consuelo (eds.), 1996, p. 55-74.
- CABALLERO, Luis & ESCRIBANO, Consuelo (eds.) (1996): *Actas. Arqueología de la arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio e intervención de edificios históricos*. Burgos, 1996. Salamanca.
- CARANDINI, Andrea (1997): *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Barcelona.
- CARRIÓN MATAMOROS, Eduardo (1996): La zona oriental soriana en la Alta Edad Media y la leyenda de los Siete Infantes de Salas: la leyenda y la historia. *Celtiberia*, 90, p. 49-136.

7. Datos arqueológicos: inscripción de la muralla de Sepúlveda -1063- (MARTÍN; TARDÍO & ZAMORA, 1990: 126), fortalezas, murallas, iglesias, poblados, cerámica, etc.

CARRIÓN MATAMOROS, Eduardo (1998): La zona oriental soriana en la Alta Edad Media: estructuras de población y sistemas de defensa. *Celtiberia*, 92, p. 55-124

COBOS, Fernando & CASTRO, José Javier de (1998a): *Castilla y León. Castillos y fortalezas*. León.

COBOS, Fernando & CASTRO, José Javier de (1998b): "La fortaleza de Salsas y la fortificación de transición española". *Castillos de España*, 110-111, p. 19-30.

CRESSIER, Patrice & GARCÍA-ARENAL, Mercedes (coord.) (1998): *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*. Madrid.

FRANCCOVICH, R. & PARENTI, R. (eds.) (1988): *Archeologia e restauro dei monumenti*. Certosa de Pontignano (Siena).

GAYA NUÑO, Juan Antonio (1932): "La torre árabe de Noviercas". *Archivo español de Arte y Arqueología*, 24, p. 219-223.

GAYA NUÑO, Juan Antonio (1935a): "La Muela de Ágreda. Restos de la Almedina fortificada y de la Aljama hebrea". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CVI, 271-285.

GAYA NUÑO, Juan Antonio (1935b): "Restos de construcciones musulmanas en Mezquetillas y Fuentearmegil (Soria)". *al-Andalus*, 3, p. 151-155.

GAYA NUÑO, Juan Antonio (1944): "Atalayas cristianas de la Frontera". *Archivo español de Arte*, 17, p. 124-130.

GÓMEZ MARTÍNEZ, Susana (1996): "Cerámica islámica de Medinaceli". *Boletín de Arqueología Medieval*, 10, p. 123-182.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio (1975): *Repoblación de Castilla la Nueva*. 2 vol. Madrid.

GUTIÉRREZ LLORET, Sonia (1998): "Ciudades y conquista. El fin de las civitates visigodas y la génesis de las mudum islámicas del sureste de al-Andalus". En: CRESSIER & GARCÍA-ARENAL (coord.), p. 137-157.

HARRIS, Edward C. (1991): *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona.

Historia silense (ed. 1921): Ed. Santos Coco. Madrid.

IBN HAYYAN (ed. 1967): *Anales palatinos del califa de Córdoba al-Hakam II, por 'Isa Ibn Ahmad al-Razi (360-364 H. = 971-975 J.C.)*. Trad. Emilio García Gómez. Madrid.

IBN HAYYAN (ed. 1981): *Crónica del califa 'Abdarrahman III an-Nasir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*. Ed. M^a Jesús Viguera & Federico Corriente. Zaragoza.

LINAGE CONDE, Antonio (1972): *Hacia una biografía de la villa de Sepúlveda*. Segovia.

LLULL, Pilar; HUETE, Mario & MOLINA, Jesús (1987): "Un itinerario musulmán de ataque a la frontera castellana en el siglo X: fortalezas, castillos y atalayas entre Medinaceli y San Esteban de Gormaz". *Castillos de España*, 93, p. 3-14.

LÓPEZ GUZMAN, Rafael (coord.) (1995): *La arquitectura del Islam Occidental*. Barcelona.

MANZANO MORENO, Eduardo (1991): *La Frontera de al-Andalus en época de los omeyas*. Madrid.

MANZANO MORENO, Eduardo (1993): "El asentamiento y la organización de los yunds-s sirios en al-Andalus". *al-Qantara*, 14, 327-359.

MARINO, Luigi (1988): "Restauro e archeologia. Restauro dell'archeologia. En: FRANCCOVICH, R. & PARENTI, R. (eds.), 1988, p. 135-155.

MARTIN, M^a Dolores; TARDÍO, Teresa & ZAMORA, Alonso (1990): *Las murallas de Sepúlveda, (Segovia). Un ensayo de aproximación con métodos arqueológicos, a un ejemplo de pervivencia arquitectónica*. Segovia.

MARTÍNEZ ENAMORADO, Virgilio (1998): "La terminología castral en el territorio de Ibn Hafsun". *I Congreso Internacional. Fortificaciones en al-Andalus*. Algeciras, 1996, p. 33-78. Algeciras.

MARTÍNEZ TERCERO, Enrique (1979): "Una introducción al estudio de la arquitectura militar mozárabe: la torre de Noviercas y otras de la Frontera noroeste". *Celtiberia*, 57, 19-37.

MARTÍNEZ, Sergio; SÁEZ, Fernando & MALALANA, Antonio (1997): "La aplicación de los SIG como complemento para el estudio de la organización del espacio en la Marca Media andalusí. El sistema de atalayas en la cuenca del Jarama (Madrid)". En: BAENA, BLASCO & QUESADA (eds.), 1997, p. 273-307.

MAÍLLO SALGADO, Felipe (1984): "Algunas noticias y reflexiones sobre la «Historia de al-Andalus» de Ibn al-Kardabus". *Studia Historica. H^a Medieval*, 1, p. 163-172.

MÉLIDA, José Ramón (1926): *Ocilis (Medinaceli). Memoria de las excavaciones practicadas en 1924-25*. Madrid.

PARENTI, R (1996): "Una visión general de la arqueología de la arquitectura". En: CABALLERO, Luis & ESCRIBANO, Consuelo (eds.), 1996, p. 13-21.

RETUERCE VELASCO, Manuel (1992): "La Arqueología medieval en Soria. Estado de la Cuestión". *II Symposium de Arqueología Medieval Soriana*. Soria, p. 1025-1041.

RETUERCE VELASCO, Manuel (1994): "Carta arqueológica de la Meseta Andalusí. El referente cerámico". *Boletín de Arqueología Medieval*, 8, p. 7-109.

RETUERCE VELASCO, Manuel (1998a): *La cerámica andalusí de la Meseta*. 2 vol. Madrid.

RETUERCE VELASCO, Manuel (1998b): "Arqueología y urbanismo de una villa medieval: Ágreda. Últimas intervenciones (1995-1998)". *Qurtuba. Estudios Andalusíes*, 3, 240-242.

RETUERCE, Manuel & HERVÁS, Miguel Ángel (e.p.): "La iglesia rupestre de Jaray (Soria)". *Boletín de Arqueología Medieval*, 12.

SÁNCHEZ CANDEIRA, Alfonso (1999): *Castilla y León en el siglo XI. Estudio del reinado de Fernando I*. Madrid.

SERRANO, Luciano (1930): *Cartulario de San Millán de la Cogolla*. Madrid.

TORRES BALBÁS, Leopoldo (1960): "Talamanca y la ruta olvidada del Jarama". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXLVI.p.235-266.

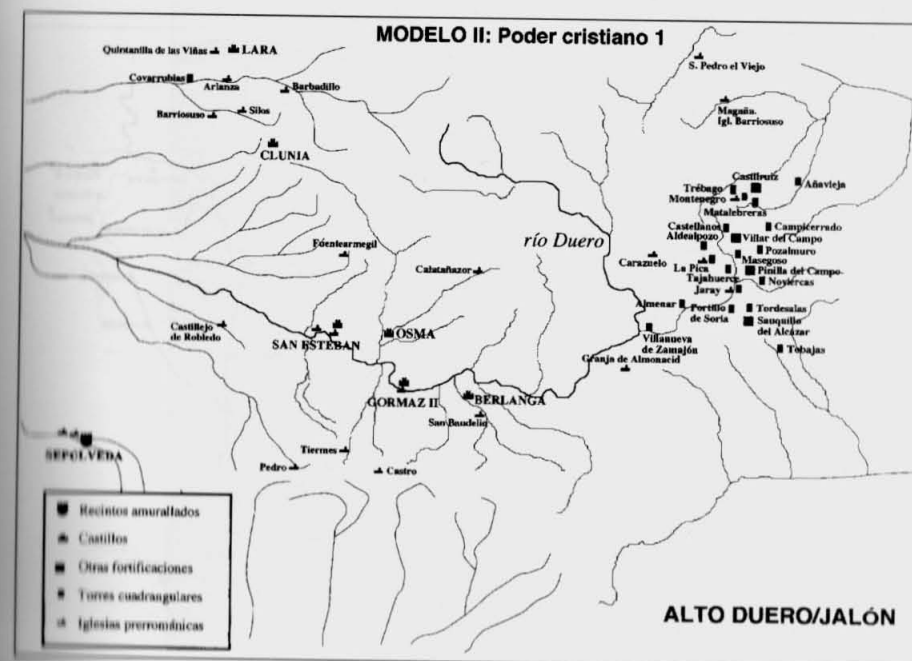
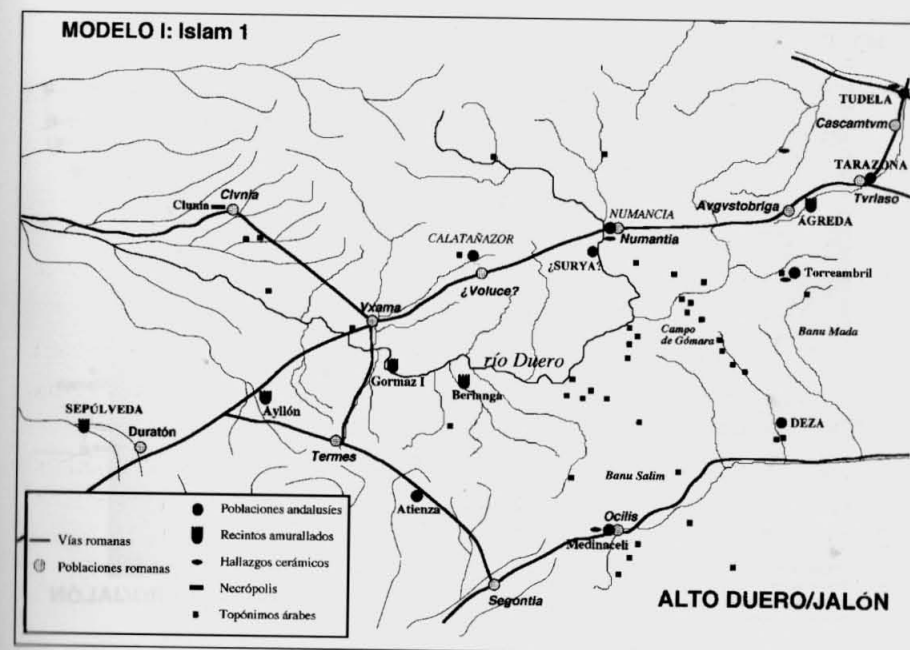
ZAMORA CANELLADA, Alonso (1998): "Un particular sistema de construcción militar, en los albores del siglo XI". *Actas I Congreso de Castellología Ibérica*. Aguilar de Campóo, 1994. p. 761-781.

ZOZAYA, Juan (1984): "El proceso de islamización en la provincia de Soria". I Symposium de Arqueología soriana. Soria, p. 483-495.

ZOZAYA, Juan (1988): "De torres y otras defensas". *Arevacón*, 14, p. 6-9.

ZOZAYA, Juan (1975): "Cerámicas islámicas del Museo de Soria". *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, p. 135-148.

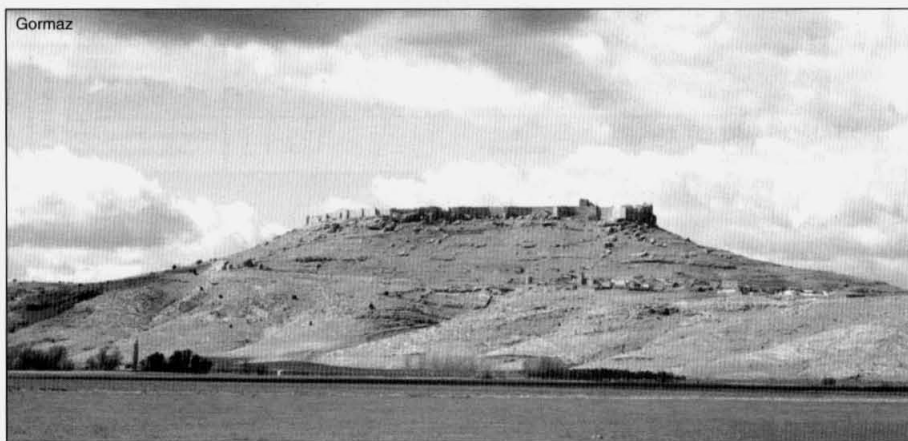
ZOZAYA, Juan (1998): "¿Fortificaciones tempranas?", *I Congreso de Castellología ibérica* (Aguilar de Campoo, 1994), Palencia, pp. 71-146.



Castromoros



Gormaz



Sepúlveda

Mazaracete



Almazul



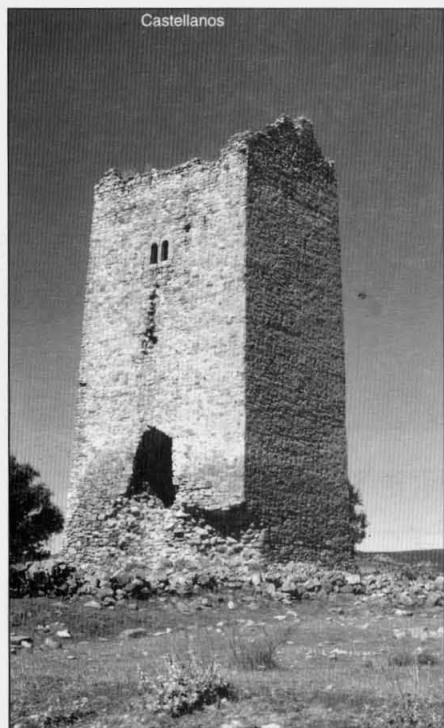
CRISTIANOS I

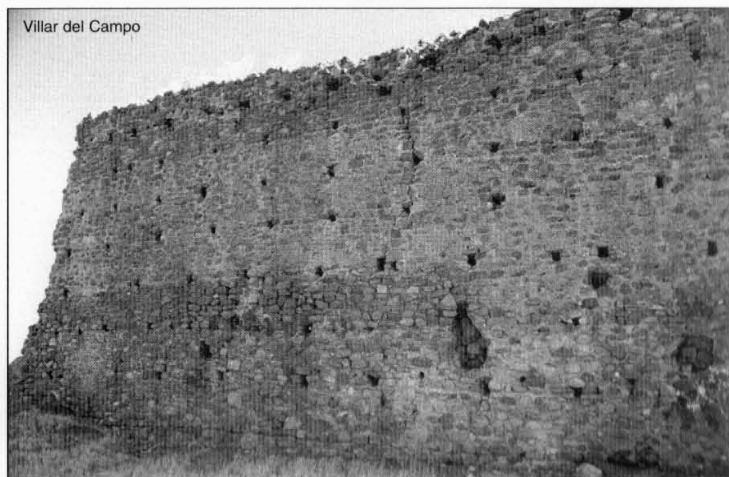
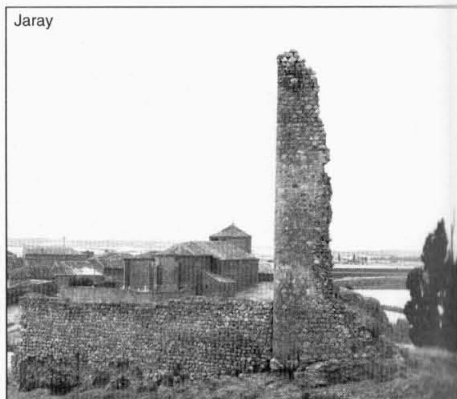
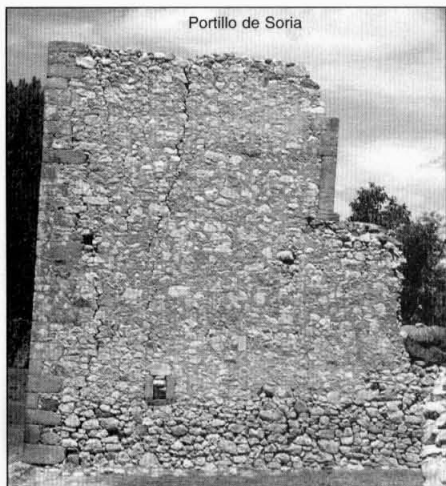
San Esteban de Gormaz



San Esteban de Gormaz





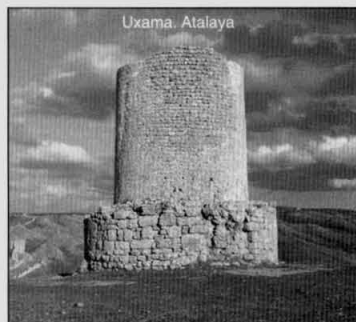


ISLAM II





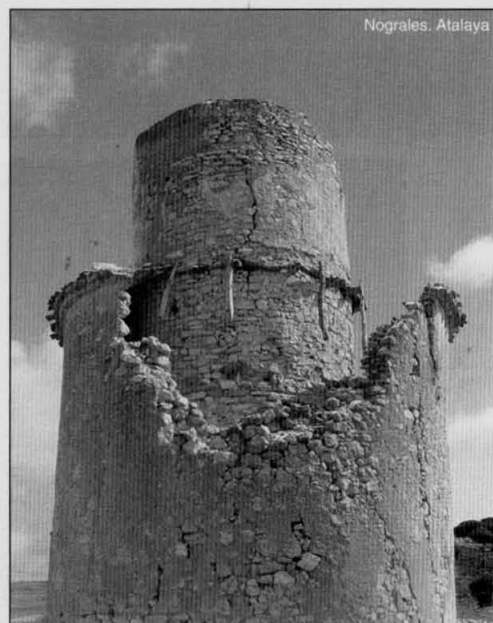
San Esteban de Gormaz. Torre



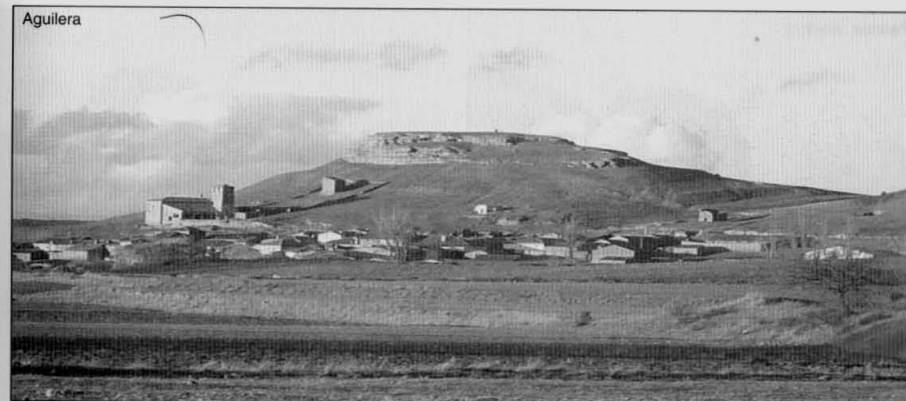
Uxama. Atalaya



Alcubilla del Marqués. Atalaya



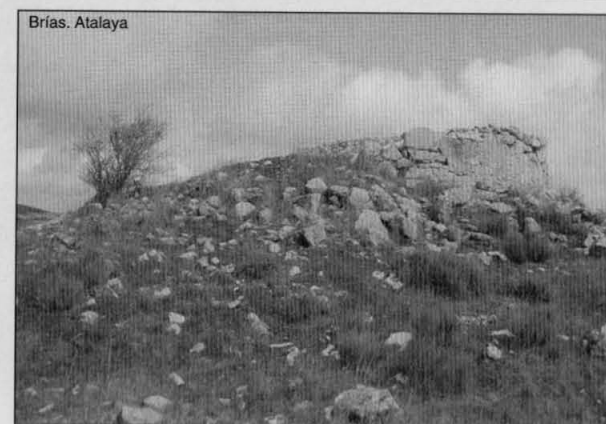
Nograles. Atalaya



Aguilera

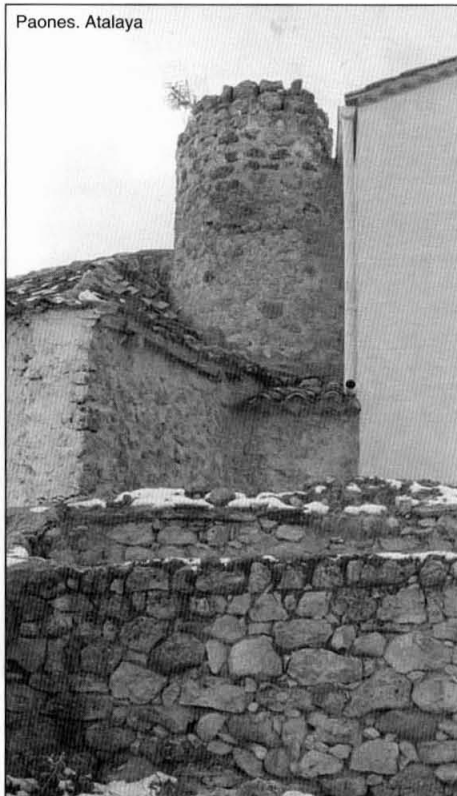


Gormaz



Brias. Atalaya

Paones. Atalaya



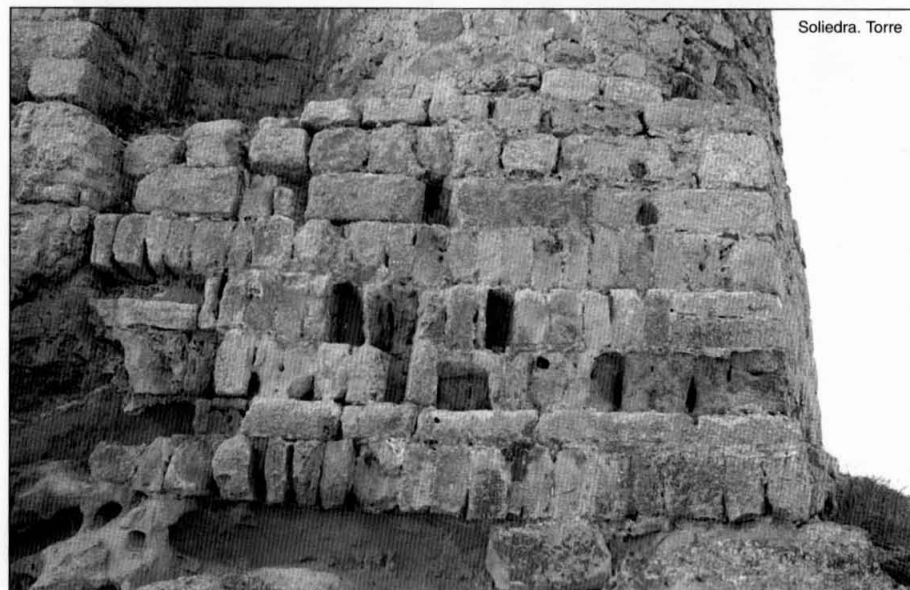
Hontalvilla. Atalaya



Borque. Atalaya



Bilecos. Atalaya



Soliedra. Torre